

El capítulo 12 - La tierra de caminos rotos

Callius escuchaba la historia con paciencia y humor, riendo con convicción cuando Dirt imitó el sonido que hacía Socks y cómo saltó al aire. Dirt no estaba convencido de que le pareciera tan gracioso como actuaba, pero sin el árbol de Callius cerca para leer su mente, no había forma de saberlo.

Luego, los árboles lo enviaron de regreso a la escuela mientras reanudaban la reparación del clima, lo cual era perfecto, ya que eso le dejaba toda la tarde para sus planes.

Primero, registró los pergaminos en la biblioteca hasta encontrar papel en blanco en condiciones utilizables. Estaba apenas sostenido, pero sería suficiente para esto, y podía mostrárselo a los árboles y que hicieran más, una vez terminada su tarea.

Revisó las cajas en el vestíbulo principal hasta encontrar una brújula y un regla. Después, un bolígrafo de marfil y bronce, que colocó sobre una de las mesas antiguas.

Con todo listo, fue de mesa en mesa hasta que encontró lo que buscaba: un tintero. Solo entonces se dio cuenta del problema: la tinta estaba seca. Por supuesto. Revisó varias más, y en todas estaba seca.

Sacó uno al jardín y añadió unas gotas de agua del tazón, pero la tinta era irrecuperable.

Dirt permaneció allí unos momentos, mirando nada en particular. ¿Cómo se suponía que debía escribir todo lo que acababa de aprender para asegurarse de recordarlo? Probablemente recordaría la mayoría de ello de todos modos, pero aún así, quería intentarlo dibujando los glifos.

¿Debería usar sangre? No, probablemente no. Podría necesitar mucho y los árboles se enfadarían con él. Además, Socks no estaba para limpiar sus cortes, y sería doloroso. Entonces, ¿qué más podría usar? ¿Helechos? ¿Barro?

Los helechos servirían. Dirt sabía que se podía hacer tinta con plantas como flores y bayas. Solo que no sabía cómo. Entonces, volvió a la biblioteca para ver si encontraba el método escrito en algún lugar. Y si no, quizás alguien en Ogena lo sabía, y podría visitarlo en viaje por raíces para preguntar. Hacía varias semanas desde que se había ido, así que quizás estarían felices de verlo.

Sin embargo, no encontró la respuesta, porque pronto se distrajo leyendo otras cosas. Alguna persona había dejado un texto abierto sobre historia en una parte relacionada con una guerra, que rápidamente capturó su interés.

Contaba acerca del emperador Hostilius y sus batallas contra los jinetes de las vastas llanuras occidentales, las tribus Ceremisianas. El Imperio del Atardecer perdía cada batalla porque los jinetes nunca se alineaban correctamente para luchar, prefiriendo en cambio cabalgar a toda velocidad y disparar flechas desde sus ingeniosos arcos. Dos veces, las pérdidas fueron tan graves que el Imperio tuvo que retirarse y volver al siguiente año con tropas frescas. La guerra duró quince años y lo más interesante era cómo terminó:

Esa fue la última batalla que el emperador luchó contra los habitantes de las llanuras, pues no se requirió más conflicto a pesar del resultado indeciso. Porque Hostilius había visto más allá que ellos y planeaba con mayor astucia, con una sabiduría superior a la de todos sus ancianos. Nuestras fuerzas nunca lograron vencer verdaderamente a las suyas, pero fueron nuestras preparaciones las que provocaron su derrota.

Te he hablado de las fortificaciones que construyó en Quintus y Septus, en Terraco, Scalabis y Sorviodurum. También levantó muchas otras ciudades amuralladas, todos los primeros asentamientos en estas tierras. Cada ciudad recibió provisiones suficientes para resistir cualquier asedio hasta que las tropas regresaran, y sus murallas eran altas, resistentes a los jinetes y las flechas. Además, mencioné las carreteras que trazó a gran costo. Se construyeron acueductos y canales de riego.

Al margen de esto, te hablé de los olivares y viñedos, cuyos frutos permitía vender muy baratos a los bárbaros, incluso con pérdidas, para darles una muestra de civilización. Pero si no fuera por esta previsión, los dioses no habrían tenido la oportunidad de bendirnos con la muerte del primer Khán, cuyo hermano ordenó que los olivares permanecieran intactos para poder recoger su fruto para él mismo.

Costogilus decretó que, a pesar del derramamiento de sangre en curso, las puertas permanecieran abiertas a cualquier ceremio que llegara desarmado en pequeños grupos, e instruyó a los ciudadanos a recibirlos con manos amigas y palabras respetuosas por su valentía y destreza en la batalla. Hizo saber que cualquier bárbaro que deseara convertirse en ciudadano sería bienvenido, y que sus esposas e hijos serían considerados propios. Con esto, hizo que los bárbaros creyeran que nuestro Imperio no les temía, y que tal vez no constituían una verdadera amenaza para nosotros.

Cuando los jinetes llegaban a pastar en las tierras que antes habitaban, incluso si rodeaban los muros de una ciudad, no eran molestados si no dañaban a los habitantes. El emperador ofrecía obsequios para que los entregaran los hombres libres, con la intención de hacer creer a los bárbaros que nuestra gente vivía con facilidad, rodeada de toda la riqueza que ellos mismos deseaban tomar por la fuerza, con tal abundancia que cada hombre podía regalar una parte sin preocuparse por el reembolso.

Si se manifestaba alguna hostilidad, los ciudadanos llamaban a hombres con arcos y armaduras para dispersarlos, centrando sus esfuerzos en matar a sus caballos y capturar a los jinetes para vender como esclavos. Si no se lograba reunir suficiente fuerza militar, los habitantes llevaban sus bienes dentro de la ciudad y cerraban las puertas. Luego, salían a la vista en la muralla, festejando, cantando y riendo.

Aquellos ceremisians que se arrodillaban ante nuestro glorioso emperador recibían educación, especialmente sus hijos, a costa del Estado. Se les proporcionaba refugio y alimento para sus caballos y se les elogiaba por su crianza del ganado. Así, se les hacía sentir cómodos y dóciles. Se les tranquilizaba diciendo que ya no debían cazar, y en señal de ello, debían abandonar sus arcos. Además, no se les permitía vivir en grupos mayores de cincuenta, sino que se dispersaban silenciosamente por todo el Imperio, algunos recibiendo tierras, otros no. De esta forma, si un ceremio no lograba adaptarse o resultaba problemático, podía ser asesinado o esclavizado sin que sus familiares supieran.

Solo lentamente los ceremisians independientes comprendieron la magnitud de su derrota. Miles desertaban cada año en busca de una vida mejor, o lo que creían que sería mejor. Grandes extensiones de sus llanuras ya nos pertenecían, pese a no haberlas conquistado en batalla. Permitían que esto sucediera porque centraban su atención en lo que aún tenían, no en lo que habían perdido, y consideraban eso suficiente para sus necesidades actuales.

Nunca volvió a surgir un gran Khán que reuniera a su pueblo para la guerra. Cada acción futura contra nosotros era un ataque menor. Ahora, nuestro Imperio se extiende a lo largo de toda la llanura hasta la costa más lejana. Los ceremisians han dejado de ser un pueblo, su idioma rara vez se escucha.

Si hubieran llegado al principio con toda su fuerza al centro del Imperio del Atardecer, con ejércitos llenos de hombres y vientres llenos de carne, tal vez nos habrían vencido. Si tuvieran otros vecinos que conquistar primero y nos abrumaran en número, podríamos haber sido completamente invadidos. En realidad, si hubieran centrado sus esfuerzos en impedir la reaprovisionamiento en lugar de capturar riquezas, aún seguiríamos en guerra siglos después.

Sugiero que la verdadera causa de su caída no fue el mayor atractivo que poseía nuestra cultura. Tampoco la decadencia de su destreza marcial a medida que se reducía el pasto disponible para sus caballos. Ni su incapacidad para empujarnos más allá de sus fronteras durante esos quince años de guerra constante.

Fue esto: Perdieron su espíritu conquistador, porque creyeron que tenían más que ganar sin él. Nuestras tierras permanecen vulnerables incluso ahora ante un enemigo como ellos, móvil, dispuesto tanto a acabar con una población derrotada como a someterla, sin depender de infraestructuras complejas.

Durante muchos siglos antes de estas guerras, nuestra civilización les ofreció sobornos para apaciguar su codicia y sed de sangre, aunque rara vez se unían en algo realmente formidable. La creencia de que algún Khan podía surgir entre ellos era suficiente para abrir nuestros bolsillos. Y nunca fue una creencia falsa. Su mentalidad y costumbres permanecieron sin cambios desde que los dioses los guiaron por aquellas praderas y les entregaron sus primeros caballos, hasta Hostilius.

Prefiero abstenerme de decir más sobre esto por ahora. El lector tiene suficiente conocimiento para deducir qué otra sabiduría puede extraerse de estos sucesos.

Dirt cuidadosamente enrolló nuevamente las dos mitades del pergamino, dejándolo en el mismo lugar para poder releerlo más tarde. Lo colocó y lo miró durante un tiempo, reflexionando sobre lo

que había que aprender. Sin duda, era relevante, aunque no exactamente lo que ocurría en ese momento. Pero ¿perder su espíritu conquistador? Eso sonaba exactamente como lo que Dirt había observado. Si aún quedaba algo, era una chispa que se apagaba. Algunas chispas que flotaban en el aire nocturno.

Chispas llamadas Hèctor, Marina y, en menor medida, Ignasi. Y el duque, ahora que había cabalgado él mismo a la batalla. Y Dirt, por lo que valía. Pequeña chispa Dirt, porque una parte de él todavía recordaba de qué eran capaces los humanos.

Quizá un espíritu conquistador encajara bien con un lobo. Dirt no era un depredador—eso sería absurdo; ni siquiera tenía garras—pero la grandeza humana era algo diferente. Socks, el gran cazador, y Dirt, el conquistador. La chispa.

Dirt se levantó de la silla y rebuscó hasta encontrar la cesta con los soldados de juguete. Había nueve, justo más bajos que su mano, y un carro con dos caballos. Eran de hojalata y latón, y si alguna vez se habían usado como juguetes, el niño había sido adinerado. Es igualmente probable que fueran decoraciones para mesa, pero a Dirt no le importaba.

Los alineó, dejando el carro en manos de los ceremisienses, ya que eran jinetes, y montó una pequeña batalla. El de la derecha era el emperador, quien dio un paso adelante y pronunció un discurso acerca de abandonar la guerra y convertirse en ciudadanos. El que iba en el carro era el Khan, quien respondió con un apasionado discurso sobre respetar sus tierras y tradiciones.

Luego lucharon, y Dirt avanzó en cada swing de espada para cada par de combatientes, resolviéndolos por separado y considerando cómo afectaba esto la batalla en general. Los ceremisienses ganaron, por supuesto, pero el emperador escapó y juró regresar con otro ejército. “¡Entonces vuelve!” gritó Dirt, lo suficientemente alto como para que resonara en el vestíbulo. Su voz lo sorprendió. No había sabido que había estado hablando en voz alta.

Bueno, no era como si alguien estuviera allí para escucharle. Después, recreó cada batalla que recordaba del texto, tomando muchas libertades. Algunas porque casi no conocía cómo luchaban realmente ambos bandos, teniendo solo los caballeros camayanes como referencia, y otras porque era un juego y podía hacer lo que quisiera.

El juego era aún más realista cuando dejó de usar sus manos y empezó a emplear su mente para moverlas, como deslizarse por el suelo e imaginar que caminaban. Era difícil mover dos a la vez, por mucho que Socks pareciera hacerlo con facilidad, pero logró hacerlo cuando fue necesario.

Luego, dedicó el resto del día a agradables distracciones. Pasó un rato jugando con los juguetes que podía encontrar entre los tesoros o leyendo cosas que no eran magia y no contaban como estudio. La casa seguía allí, en el inmenso jardín de la escuela, en el mismo banco de piedra, y le pidió comida en dos ocasiones antes de que terminara el día.

Esa noche se dio un largo baño caliente, empapándose lo suficiente hasta que sus dedos se arrugaran, lo suficiente para que los árboles durmieran. Cuando salió, le tomó un tiempo secarse, simplemente de pie con una de sus pequeñas luces para hacerle compañía. Dirt decidió recordarlo a la mañana siguiente, ya que ahora sabían hacer tela. Gracias a la gracia, al dormir no tuvo

pesadillas, solo fragmentos de sueños que huían más rápido que el rocío de la mañana.

El día siguiente transcurrió muy parecido: habló con el viento por la mañana y aprendió un poco más, luego recorrió las ruinas y observó los murales y esculturas, después leyó en la escuela, y posteriormente se dio otro largo baño.

El día siguiente fue muy igual, y Dirt comenzó a sentir picazón por estar demasiado tiempo solo. También pensaba en Socks, esperando que estuviera bien. La falta de noticias le inquietaba, aunque no debería, ¿dónde podría estar más seguro que corriendo con su padre?

Pero al día siguiente, los árboles despertaron con él por la mañana, llenando su jardín y el camino frente a él con sus dríadas antes de que pudiera levantarse de la cama. No esperaba que sus rostros miraran por la puerta y se sorprendió mucho al verles, luego sonrió ampliamente.

—¡Hola a todos! ¿Parece que arreglaron el clima? —les dijo, con los brazos extendidos en señal de bienvenida.

Home era más alta que las demás y se acercó para acurrucarlo en su regazo maternal. Lo abrazó suavemente y le dijo: “Hemos terminado nuestro trabajo. El invierno que se avecina nos pasará de largo. Esperamos que no te sientas demasiado olvidado. ¿Sigues con buen ánimo, querido Dirt?”

Ella estaba poniendo mucho empeño en su dríada en ese momento, incluso simulando el grosor de grasa bajo la piel de su espalda al replegarlo en su abrazo. Solo el hecho de que tenía la misma temperatura que el suelo lo delataba.

—Estoy bien. Tenía muchas cosas que hacer y sé que estaban ocupados. No me gustaría visitarlos en invierno y encontrar el suelo congelado y las fernas muertas. ¿Y los güijos? ¿Qué fue de ellos? No los he visto en un tiempo, —dijo Dirt.

—Lo descubrirás en primavera. No queremos arruinar la sorpresa, —respondió Callius.

—¿Qué tiene de sorprendente una boba? —preguntó Dirt, pero no obtuvo respuesta. Home lo soltó, y entonces fue el turno de Sunset de abrazarlo, seguido de Dawn, Chaser y, finalmente, Dirt fue pasado de una dríada a otra, ya que todas estaban allí. Al final, deseó haber contado cuántas eran para saberlo con certeza.

Luego jugaron a esconderse y buscar, esquivándose entre los edificios y agachándose bajo las fernas junto a los caminos o en los jardines. Cuando les tocaba a los árboles buscar, todos participaban, y cuando era su turno, debía hallar a diez de ellos, lo cual no era fácil. La única ventaja que tenía era que no todos comprendían bien la perspectiva y no se daban cuenta cuando parte de ellos aún seguía visible. Saltar de piedra en piedra y de techo en techo dificultaba que lo siguieran con las fernas, pero muchas veces hacían lo mismo. Incluso lo atraparon acostado en un tejado, y Dirt se preguntó si alguien había puesto ojos en el tronco de su árbol para buscarlo desde arriba.

Alrededor del mediodía, una repentina oleada de ansiedad le atravesó y arruinó la diversión. No lo reveló, pues su mente no podía entenderlo. Sabía que era una tontería, pero terminó el juego de

todos modos, alegando hambre como excusa. Comió una abundante comida de savia sentado en un área que alguna vez fue un parque circular, no muy lejos de su villa. Las quimeras se sentaron a su alrededor en círculos apretados, todos intentando aparentar tranquilidad mientras observaban todo lo que hacía.

La tierra comía lentamente, esperando que todo lo que le preocupaba se manifestara. Una idea le vino a la mente y preguntó: “Oye, Hogar, ¿está Socks con tu personal? ¿Sabes qué está haciendo?”

“No lo he visto desde el primer día. La manada dejó la zona y no los he rastreado. El Padre de los Lobos lo devolverá cuando llegue el momento de reunirlos,” respondió.

“Sí. Solo estaba pensando en él. Pronto viajaremos al sur, donde hay un desierto. Eso es emocionante. Espero que allí encontremos más humanos y menos monstruos,” dijo Tierra.

Las quimeras asintieron educadamente y Tierra se preguntó si ellas lo sabían. El Padre se comunicó directamente con su mente, y el personal del Hogar no podía leerlo. Él explicó: “El Padre le dio a Socks la opción de ir al norte en invierno, o al sur, y eligió el sur para que yo pudiera acompañarlos. El invierno en el norte es demasiado frío y probablemente me congelaría, así que no habría podido ir. Con suerte, después del invierno, nos permitirán volver a viajar donde queramos, porque casi llegábamos a la capital del reino Camayan antes de tener que ir a encontrarnos con el Padre.”

Tierra tomó otro bocado, masticando más lentamente, intentando no sentirse preocupado sin una buena razón. “Pero en realidad no teníamos prisa,” agregó.

Sin embargo, se sentía cada vez más inquieto cuanto más permanecía allí. Ya no era inquietud simple. Algo andaba mal, y no podía decir qué era. Solo podía sentirlo. “¿Estás seguro de que Socks no está allí? ¿Está bien?”

“Estoy seguro de que no lo sé, querido Tierra. Voy a—” dijo el Hogar, haciendo una pausa. Se quedó inerte, toda la vida desapareció y convirtió a su sirviente en madera inmóvil. Tierra sabía que ella estaba pensando. Se concentraba más fuerte que de costumbre.

Ella volvió a la vida y puso una expresión preocupada en su rostro. “Socks ha encontrado mi bastón y parece frenético. Te mandaré a él. ¿Cómo lo supiste?”

Tierra asintió, preparándose para lo peor. “De alguna forma lo supe. Envíame ahora.”

El mundo desapareció y él se lanzó hacia adelante a una velocidad imposible. Un momento después, cayó pesadamente sobre un suelo irregular y una ráfaga de aire frío le golpeó. Gimió, aturdido, y abrió los ojos. Estaba más tenue que la última vez, el cielo encapotado con nubes bajas y pesadas. Lo cual Tierra agradeció, pues una luz brillante repentina le habría provocado dolor de cabeza.

Socks retrocedió y caminó de un lado a otro, claramente frenético. Sus hermanos no estaban por ninguna parte. En cuanto olfateó a Tierra, prácticamente saltó sobre él, deteniéndose con la nariz a pocos centímetros de su rostro. Su voz mental salió asustada y pequeña, llena de preocupación. - ¡Ayuda!-

Revision #1

Created 7 May 2026 06:46:52 by Diana Prince

Updated 7 May 2026 06:46:55 by Diana Prince